

ANTONIO ILLANES

Primo de Francisco

Susillo y sus obras

## Antonio Susillo y su ingente obra

de sus obras y su vida

Este libro es una obra de más reciente fecha y los miembros de esta Real Academia por haberme hecho la distinción de encargarme para ocupar uno de sus sillones, desearían saber si yo me doy cuenta que por mi propia voluntad y por mi deseo personal y por mi amor a Sevilla, a lo que me obliga, he aceptado en el momento que ha pasado de lo más pronto de mi vida para dedicar toda mi obra académica, que tiene un fin único que es un fin noble del siglo de Sevilla.

En esta obra es un gran honor el que me da esta Academia, porque ella es una verdadera obra de toda la vida es algo que me da un gran honor, algo que es imprescindible para la historia del arte y la cultura de un pueblo que, como el nuestro, es de una gran historia y de una gran importancia.

Este es el espíritu que me viene solamente a recordar con mis obras literarias, académicas y científicas, que siempre he querido y quiero que sea todo lo que se le dedica a esta digna Academia y que ella sea Sevilla de nuestros amores.

Excmo. Sr. Presidente.

Dignísimas autoridades.

Señores académicos.

Señoras y señores.

Ante todo quiero expresar mi más profunda gratitud a los miembros de esta Real Academia por haberseme hecho la distinción de ser designado para ocupar uno de sus sillones, distinción que yo considero que se me otorga más que por propios méritos, por mis desvelos, por mis afanes y por mi amor a Sevilla, a la que yo siempre he llevado en el corazón que ha palpitado en lo más hondo de mi ser para modelar toda mi obra escultórica, que siempre he querido que sea un fiel reflejo del alma de Sevilla.

Es, pues, para mí un gran honor el ingreso en esta Academia, porque ella es un verdadero baluarte de todo lo que es algo consustancial con nuestra tierra, algo que es imprescindible para la defensa del arte y la cultura de un pueblo que, como el nuestro, es de una sensibilidad y de una sutileza impresionante.

Veán en mí, queridos compañeros, a uno que viene solamente a compartir con vosotros vuestras inquietudes y estudios, que siempre estaré a vuestro lado para todo lo que sea servir a esta dignísima Academia y con ella a esta Sevilla de nuestros amores.

## ANTONIO SUSILLO Y SU INGENTE OBRA

A manera de prólogo de este modesto trabajo sobre la vida y obra del escultor sevillano Antonio Susillo, quiero hablar en primer lugar sobre la Alameda de Hércules, centro y eje de su habitual discurrir, ya que nuestro artista vivió y tuvo su taller en ella y es seguro que conociera a fondo su ambiente y clima.

Todos sabemos, por ser historia corriente, que el asistente D. Francisco Zapata, conde de Barajas, transformó, en 1574, la extensa y hedionda laguna en hermosa alameda, justo medio de la picaresca y flamenquismo sevillanos, de donde partían en tiempos pasados las algaradas políticas y revolucionarias, como anota el analista Alvarez de Benavides.

El conde de Barajas plantó bellos jardines y frondosa arboleda que daba benéfica sombra en los meses estivales. Dos largos canales de agua corrían bajo unos graciosos puentecillos, y más de cien cómodos asientos estaban repartidos por sus anchurosas avenidas. A la caída de la tarde, aguadores franceses regaban la espesa Alameda, cuyo perímetro era por entonces bastante mayor. El mencionado conde asentó sobre elevados y romanos monolitos, los nombrados hércules —Julio César y Hércules—, esculpidos por Diego de Pesquera. El maestro mayor Asensio de Maeda trazó las tres magníficas fuentes del paseo de mármol blanco y jaspe rojo y negro, bellamente exornadas con esculturas mitológicas de Juan Bautista Vázquez, de las que manaban, por los surtidores, en forma de bronceas cabezas de leones, obras de Bartolomé Morel, copiosa y fresquísima agua de la antigua Fuente del Arzobispo (Don Remondo), agua que por ser la más saludable era la preferida de aquellos tiempos. Aún más, si cabe, hermoseó la Alameda, en 1764, el benemérito asistente D. Ramón Larumbe, dotando al paseo con tres nuevas y artísticas fuentes, instaló más bancos, repobló el arbolado y, sobre crecidos y airosos fustes, fueron empigorotados dos

burlescos leones, coronados, que portaban los escudos de armas del Reino y de la Ciudad.

Jamás tuvo la urbe hispalense paseo más hermoso, alegre y concurrido, en donde se daba cita lo más distinguido de la aristocracia y del comercio, como también militares, clérigos, menestrales, currutacos y vendedoras de deleites. Fue igualmente muy frecuentada por los príncipes e infantes, hijos del monarca Felipe V, durante su prolongada residencia entre los sevillanos.

Digamos como nota pintoresca que en el siglo pasado había en la Alameda varios grupos de barberos ambulantes que, por unas monedas, prestaban sus servicios a la variopinta clientela que frecuentaba tan castizos lugares. Al norte de ella se encontraba la nómada pila del Pato, pila que tiene más popularidad e historia que valor artístico. Sabemos que desde la Plaza de San Francisco, donde se encontraba ya en el primer tercio del siglo XVIII, hacia 1880, fue trasladada al paseillo de la citada Alameda. Este paseillo, que así siempre se llamó, tenía hermosa arboleda, profusión de asientos y puestecillos de chucherías de toda clase. Durante las calurosas tardes y noches del verano, las clásicas tabernas del contorno, como las de Bordeta, Mateo, La Pila, la del Cristo, La Aparcida y otras, regaban sus terrazas, donde colocaban veladores con extrema rivalidad, llegando incluso una de ellas, la del Cristo, a matarse el polvillo con un buen vino del Aljarafe. Era el dueño un montañés de rojiza cara y faja roja. Por las noches cenaban allí sus vecinos con las sustanciosas "tajás" de bacalao de la cercana freiduría de las Lumbreras. Destaca aún, a un tiro de piedra, en el antiguo rodeo, la humilde capillita del Carmen, aromada por la leyenda de la trágica muerte, en 1639, de D. Afán de Rivera, unigénito de los condes de la Torre. Este espacio, tan peculiar, era también conocido por el Barrio de los Hebreos —dulceros, babucheros y saludadores—, de los que aún quedan algunos descendientes. En diciembre de 1968 se levantó en el centro del paseillo el monumento a la cantaora flamenca "La Niña de los Peines", estatua fundida en bronce de cuyo modelado soy modesto autor.

De este recinto parte la calle Antonio Susillo, calle que enlaza espiritualmente tres nombres de escultores, que han encontrado cobijo y esparcimeinto espiritual para sus respectivas creaciones, los tres con idéntico nombre de pila, Antonio. Son éstos: nuestro

mentado Antonio Susillo, Antonio Castillo Lastrucci y el que en estos momentos os dirige la palabra <sup>1</sup>.

Esta Alameda de Hércules a la que me estoy refiriendo fue llevada al teatro por Lope de Vega, no olvidando que al sur de la misma tuvieron sus academias Juan de Malhara y Francisco Pacheco, y su obrador Juan de Mesa. Asimismo, en la Alameda y sus alrededores residieron Bécquer, la "señá Gabriela", Rafael y Jose-lito El Gallo, Pastora Imperio, Chicuelo y Dora la Cordobesita, el maestro Realito, Manuel Torres, El Caracol, Rafael Ortega, La Macarrona y La Malena, Amalia Molina, Antonio, Pepe Pinto y La Niña de los Peines, Luisa Ortega y Arturo Pavón, Castillo Lastrucci y, claro, no podía faltar en este lugar de tanto señorío, pleno de historia y sevillanismo de la más pura solera y del más exaltado sueño, el recuerdo de Antonio Susillo y su ingente obra, a la que paso a continuación a estudiar.

En todos los tiempos siempre ha interesado la vida de los genios del arte, no sólo como artistas, sino también como hombres en su condición humana y social. Miguel Angel, El Greco, Gauguín, Berruguete, Durero y Rodín, por citar algunos, tuvieron sus más animosos panegiristas en Papini, Marañón, Orueta, Golmen, Cossío del Pomar y Frisch, respectivamente.

Antonio Susillo, más modesto que los enumerados, pero no tanto como para que permanezca sepultado en el olvido, vagamente lo recuerdan, en su pequeña monografía —1885—, Luis Montoto y Pereyra, Eugenio Sedano en un rápido bosquejo publicado en su libro "Estudio de Estudios" —1896—, Francisco Cuenca, en "Museo de Pintores y Escultores Andaluces" —1896—, y en unas breves notas, Cascales Muñoz, en su libro "Las Bellas Artes Plásticas en Sevilla" —1929—. Desde entonces, a Susillo no se le ha prestado todo el interés que tiene su vasta producción, que refleja una época de romanticismo agonizante, de encajes, filigranas y... pistoletazos en duelos.

Los artistas sevillanos nunca hemos sido del todo comprendidos, siendo doctrina corriente la falsa creencia de que estamos incapacitados para toda empresa de alto vuelo. Triste secuela que nos agravia y apesadumbra.

Antonio Susillo Fernández nace a la vida el 18 de abril de 1857, en pleno romanticismo, morando en la casa señalada con

1. También tiene su estudio en esta misma calle nuestro compañero el escultor Manuel Echegoyán.

el número 55, al fondo de la Alameda vieja. Porque de niño quiso dedicarse a la escultura. Su padre, comerciante mínimo de aceitunas, codició para su hijo la vida vulgar y lucrativa de los negocios. Dios, con su infinita sabiduría, señala al hombre su destino. Fue Susillo artista desde su nacimiento, por la gracia del Creador.

De pequeño pintarrajea en las enjalbegadas paredes de la vecindad y modela muñecos embrionarios con el barro de los arroyos, que sorprenden. En lo hondo de su humilde vivienda hay un cuchitril de soledades terribles, con paredes rezumantes por la humedad y candil de escarpia, donde nuestro escultor en ciernes, sin saber de realidades, sueña y estudia —autodidacta—, con espíritu de visiones serenas que se disparan hacia todos los cielos del sentimiento. “¡Seré artista, aunque me coma los codos!”, se diría en frase de Rosales.

Pronto choca con el gusto reinante; hay una lamentable bajar en el arte. Se vive un período de transición, de renovación artística y de evolución hacia nuevos caminos. Son tiempos confusos y de agitaciones políticas; se extingue lentamente el romanticismo; está reciente el huracán implacable de la “Septembrina”; se restañan los zarpazos de lo de Alcolea; Merimée, Dumas, Richard Ford y Gautier se llevaron de nuestra tierra fantásticas y deslumbrantes visiones...

Antonio Susillo, sevillano nato, es una atrevida estampa de su tiempo; de compleción sanguínea es su traza física; ojos de abismales negruras con aspecto y resabios morunos, hiperestésico y fácilmente conmovible, propenso al aislamiento, idealista, melancólico, altivo, pero de corazón hermoso y puro como los resplandores del alba. Insaciable de altura, trabaja día y noche con devoción benedictina, buscando bellas formas increadas. En la curva engendradora de sus 25 años, ya es dueño del mundo plástico que soñara. Comienza a modelar —acariciada la dúctil arcilla— con ansias de gozo y exaltada imaginación sus deliciosos bajorrelieves, al igual que un cincelado de Cellini, a semejanza de una pintura de Fortuny, a la manera de una rima metafórica de Bécquer, como un melodía de Chopin. Nuestro pueblo, certero y clarividente, le aplica el sobrenombre del poeta del barro. “Susillo es un gran poeta que escribe en barro sentidas y magníficas baladas”, apunta el mencionado Montoto y Pereyra. “Es el más poeta de nuestros artistas y el más artista de todos nuestros escultores”, en el decir del crítico de arte, su coetáneo, Comas y Blanco; súbitamente se convierte en la primera figura del momento artístico; su celebridad

es grande y goza de subida predicamento... Pero está ayuno de caudales; no corren parejos los triunfos del arte con el económico.

Como en los cuentos de hadas, se presenta en el estudio de Susillo la majestad destronada de Isabel II, rumbosa de carnes y simpatía, y se sienta en el mismo banquillo de trabajo de nuestro estatuario. Lo lisonjea y lo colma de frases afectuosas, le adquiere el precioso bajorrelieve "Los dos guardianes" y dos más con escenas de la vida monástica de San Antonio de Padua para decorar el Alcázar sevillano. La infanta María Luisa le confía, en 1895, el trabajo de los doce personajes ilustres y que son: Mañara, Bartolomé de las Casas, Marqués de Cádiz, Arias Montano, El Divino Herrera, Ortiz de Zúñiga, Martínez Montañés, Murillo, Velázquez, Lope de Rueda, Daoiz y Perafán de Rivera, personajes que, movidos, con las vivencias y gracia de Carpeaux, hoy decoran la fachada norte del palacio de San Telmo. Todas estas esculturas fueron modeladas con cemento, por cuyo trabajo cobró el artista por cada una 2.500 pesetas. Los bocetos de estas figuras se conservan en el palacio de la condesa de Lebrija. Un millonario, el príncipe ruso Romualdo Giedroik, chambelán del zar Nicolás II, maravillado ante sus creaciones, se lo llevará a París, meridiano del arte universal, donde se llena su alma con desbordadas sensaciones, residiendo dos años —1883-84—. Transcurre su estancia entre visitas a los museos y a "ateliers", aprendiendo al mismo tiempo fundición con el maestro Bonaumax, en la "Ecole de Beaux Arts"; regresa a la patria con un bagaje de excepcionales enseñanzas. En 1885 marcha a Roma pensionado por el Gobierno español —nuevo aliento en los horizontes europeos—, permaneciendo tres años, en los cuales su espíritu se caldearía en la fragua de las bellezas que encierra la Ciudad Eterna. Esculpe allí, con ardores de poseso, "La primera contienda", gozoso y matronil grupo, en el que dos niños luchan por conseguir el pecho de la madre; es de mayor tamaño humano. Por causas inexplicables ha sido retirado de nuestro Museo Provincial, ignorándose actualmente dónde está, si es que existe<sup>2</sup>.

En el mismo año de 1885, nuestro Ayuntamiento le encomienda, con perspectiva de historia, el monumento a Daoiz, donde se concibe más al héroe que al hombre, con grandeza wagneriana y con ese lenguaje de la forma ofrecido al juego de la luz.

Decoran los lados del pedestal dos mediorrelieves con figuras

---

2. El boceto de este grupo se encuentra en la colección del marqués de Aracena.

vibrantes que se agitan y estremecen. Por este trabajo percibió el artista la suma de 15.000 pesetas, siendo inaugurado en 1889. También realiza por encargo del Gobierno, como prueba valiosa de su capacidad, el gran monumento a Cristóbal Colón, con destino a La Habana, trasladado más tarde a Valladolid. Otros son el de Clemente de la Cuadra, en Utrera; el de Villanueva, en Madrid, y el consagrado a la Guerra de Africa, en Ceuta. El erigido en gloria de Velázquez, en la Plaza del Duque, de Sevilla, igualmente suyo, es menos afortunado. También debe citarse el dedicado en Santander a la memoria de las víctimas de la explosión del vapor "Cabo Machichaco".

Nuestro ilustre compañero en las tareas académicas D. Antonio Muro Orejón menciona, en su "Historia de la Academia de Bellas Artes" —1961—, que Susillo igualmente realizó el monumento a la infanta María Luisa, monumento que, pese a mis indagaciones, no he podido localizar.

Modeló un gran número de bustos, entre los que cabe mencionarse el de la duquesa de Denia, general Polavieja, duquesa de Alba, marqués de Luca de Tena y marqués de Pickman, todos ellos impregnados de una gran sensibilidad y fuerza expresiva. También es autor de la meritoria escultura de Fray Diego de Cádiz, imagen en madera policromada y que recibe culto en la iglesia de los Padres Capuchinos de esta ciudad.

Presenta sus trabajos en las Exposiciones Nacionales, entre ellas el Beso de Judas que, siendo yo muchacho, la vi en una casa contigua al estudio de Susillo. Logra en la capital de España varias medallas de oro y plata y resonantes triunfos que, unidos a los de otros artistas sevillanos ya consagrados —Jiménez Aranda, Villegas, Bilbao...—, van jalonando el prestigio de nuestra ciudad insigne. Su pecho, ya noble por naturaleza, es ahora adornado con la Encomienda de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, que le otorga el Rey Alfonso XII, y sus extraordinarios méritos le llevan a ser nombrado, en 1887, académico numerario de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría.

Susillo prospera; ya tiene un hermoso estudio y jardín con delirios árabes, hallándose en él en sus horas preciosas como un sultán jubilado de "Las mil y una noches". Lo ha edificado junto a su vieja casa (hoy es una clínica), con puertas a la calle Relator y de Quesos. En él funde y cincela, igual que un florentino del Gran Siglo, el conmovedor grupo del venerable Miguel Mañara que se muestra en los jardines de la Caridad, y su célebre e impresionante

Cristo del Cementerio —apoteosis y geografía atalayante—, con susurros de colmena; Cristo de las Mielles, como le llamó poéticamente González Olmedilla, por haber labrado las abejas, en su gargante de bronce, un panal, saliendo de sus labios exangües un venero de dorada miel.

Nuestro artista es sociable y le gusta verse rodeado de concurso distinguido. Pintores, escultores, poetas, académicos y próceres, forman animadas tertulias todos los domingos en el nuevo estudio, donde, por supuesto, se habla mucho de arte... Pero Susillo tiene aristas cortantes, como las tuvo y bien aceradas Francisco de Goya. En una ocasión puso en medio de la calle a García Ramos, porque le hizo ciertos inoportunos reparos a una escultura que modelaba.

De temprana edad casó con alegre mocita de las Lumbreras; la felicidad duró poco; su hogar quedó sin sonrisas. En la lozanía de sus años fuertes, meses antes de su trágica muerte, nuevamente contrajo matrimonio con doncellil malagueña de buen linaje, pero de vanas minucias. No hubo entendimiento; se produjo un choque entre el realismo y el espiritualismo, entre el sueño y la frivolidad. El imaginero Castillo Lastrucci, que fue su más joven y último discípulo, presenció, consternado, una escena harto deplorable; la mujer de Susillo le asaeteó en lo más profundo de su ser y fue como verdad inquietante, como una penosa revelación. Trabajaba el maestro —sucio por el barro y el yeso— en una gran figura. Le llamaron para la comida, y al verle ella de tal guisa tronó áspera y con desprecio: “¡Bah; creí que me había casado con un artista y no con un albañil!”. Un espejo de nieblas anubló la mente del ofendido y, golpeando con violencia la mesa con sus poderosos puños, salió hacia la calle llevando en su alma un espantable abismo de amargura y decepciones.

Cuando el sol de la gloria parecía sonreírle, le llegaron tempestades moradas; surgieron las dificultades pecuniarias, tan vinculadas a los artistas; aumentaron las inquietudes; el ánimo se le deprime bajo el peso del desaliento; hostigada su alma, es un calvario expiatorio su vida.

Un día infome de tristeza, exactamente el 22 de diciembre de 1896, se enfrentó con el fantasma de la gran verdad. Va a entrar en las sombras de la noche eterna. Cara al paisaje ubérrimo y dilatado, con rumores del Guadalquivir, en las cercanías de San Jerónimo, quiebra su vida llena de vigor con un pistoletazo que se aseta bajo la barbilla, dejando tras sí 39 años de existencia, que señala un malogramiento.

¿Qué drama interno le llevó a tan funesto fin? ¿Qué misterios rodearon sus últimos momentos de demencia? ¿Qué le llevó a signar tan cruelmente su destino? ¿Fue la causa un desastre económico?... Se dijo que, arrepentido, expiró con el nombre de Dios en los labios. El juez gestiona los servicios del jefe de la estación de Córdoba para actuar diligente. De un bolsillo del infortunado escultor extrae una esquela que dice: "Perdóname, María de mi alma. Me he convencido de que mi carrera no produce para ganar la vida. Adiós, mi vida". Otro papel que rezaba: "Al señor juez. Me mato yo; mi mujer, doña María Luisa Huelin, es mi única heredera. Antonio Susillo". Un periódico de aquellos días, "La Región", narra patéticamente el acontecimiento en estos términos: "El cuerpo del gran artista, honra de Sevilla, está sobre la cuarta piedra del depósito anatómico. El eximio Susillo, en su triste estancia, no está solo. Los cadáveres de dos mujeres, también muertas trágicamente aquel día, yacen cerca de él". Sus discípulos Joaquín Bilbao, Viriato Rull, Fernando de la Cuadra, Joaquín Gallego, Coullaut Valera, Miguel Sánchez-Dalp y Gustavo Luca de Tena, con desconsuelo contenido, lloran al bien amado maestro que, en la mesa —fría cátedra de mármol—, les dará la postrera y espantosa lección del silencio. Viriato Rull sacará su mascarilla en yeso, mascarilla que, con los estigmas de la tragedia, guardo como preciada reliquia y por venir de manos de Castillo Lastrucci. A la triste ceremonia de exhumar sus desposos sólo asistieron los que fueron sus leales y más íntimos amigos. Resonarían fluctuantes, en un horizonte de sombras pardas, como notas eternas, los dolientes versos de invierno, de Juan Ramón Jiménez:

*Hasta hoy la palabra  
«silencio»  
no cerró cual con su tapa  
el sepulcro de sombra  
del callar...  
Y entra la noche, como  
un entierro; enlutado  
y frío todo, sin estrellas, blancas  
y negras, como el día, negro y blanco...*

El Ayuntamiento, expresando su noble sentir, rotuló la antigua calle de Quesos con el nombre de Antonio Susillo, y la tertulia literaria "Noches del Baratillo" colocó, en 1966, un mármol indeleble

en la fachada de su casa, casa que aún subsiste y yo frecuento emocionado.

Y ésta es, en síntesis, la grandeza, vida y muerte de Antonio Susillo, el escultor más grande y envidiado de su siglo, que ofrendó la sangre joven y ardorosa de su vida para vivificar el mármol yerto de su arte, arte saturado por el más profundo signo de la época que le tocó vivir, el romanticismo. Pero no cabe duda de que Antonio Susillo representa no sólo la más alta cima de la escultura decimonónica, sino la culminación de aquel inefable período romántico.

Romántica fue su vida, los avatares y aconteceres de su lucha por la gloria, como romántico fue el entorno que le rodeó, en su querido barrio de la Alameda, del que hemos hecho amplio exordio. Y romántica fue asimismo su figura, de elegante y noble pose, presencia que, según los retratos de la época, nos lo muestra con mirada triste, melancólica.

¡Cómo entristece ahora aquella curiosa referencia que del artista se hace cuando su cuerpo fue descubierto tras el suicidio, no sabiéndose aún de quién se trataba! Dice la crónica: "Un hombre decentemente vestido". Decente era su apuesta presencia, su traje negro, su barba morisca. Señorial representación de la más pura estampa romántica.

Que este emocionado recuerdo que hoy le dedico, cumpliendo con esta digna Academia que hoy ha tenido a bien acogerme en su seno, sirva para que el nombre de este gran artista ocupe en nuestra historia del arte local el lugar que, por inspiración y creación merece.

Termino haciendo ofrenda a esta Real Academia de un trabajo mío, testimonio humilde de mi quehacer en ese mismo arte de Fidias que también supo crear Antonio Susillo tan admirablemente.

He dicho.

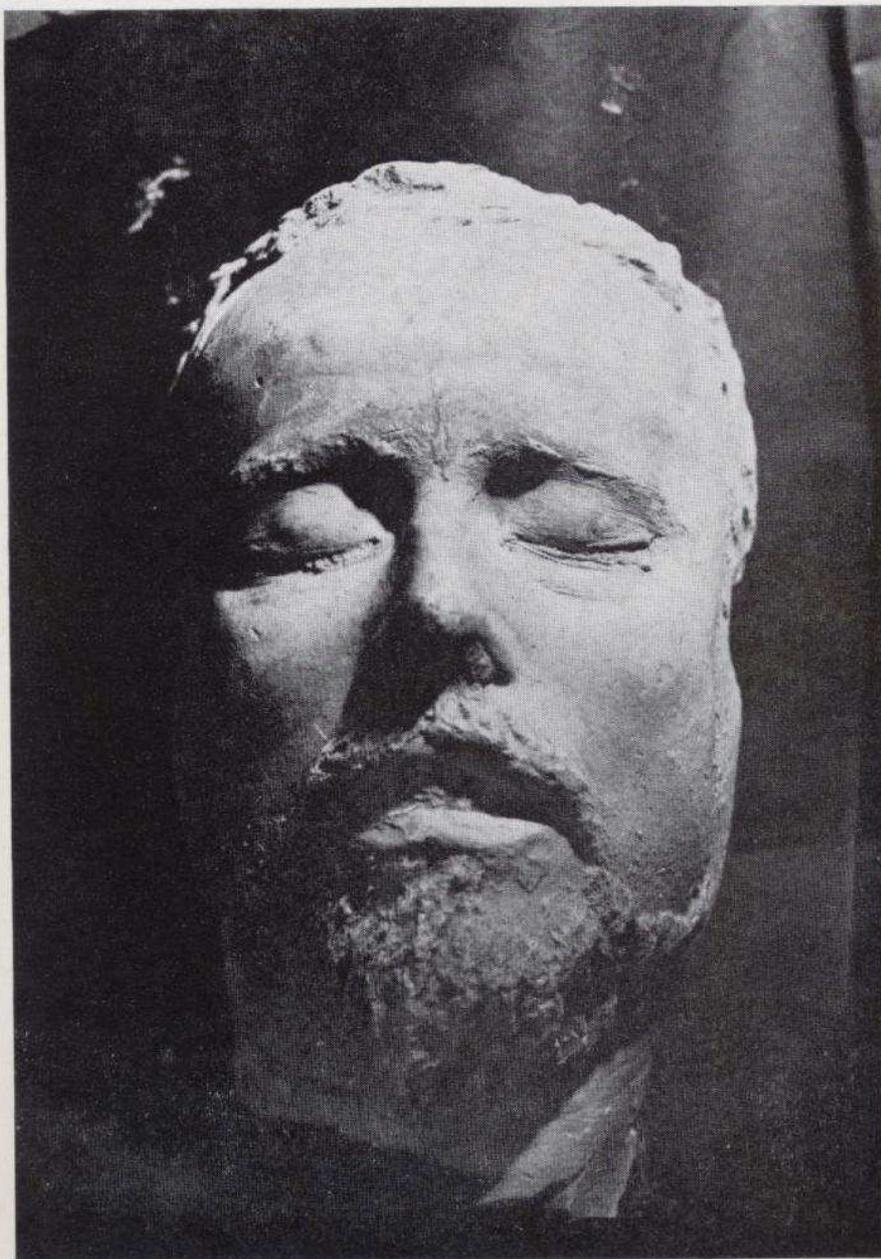


Lámina I.—Viriato Rull: Mascarilla de Antonio Susillo.

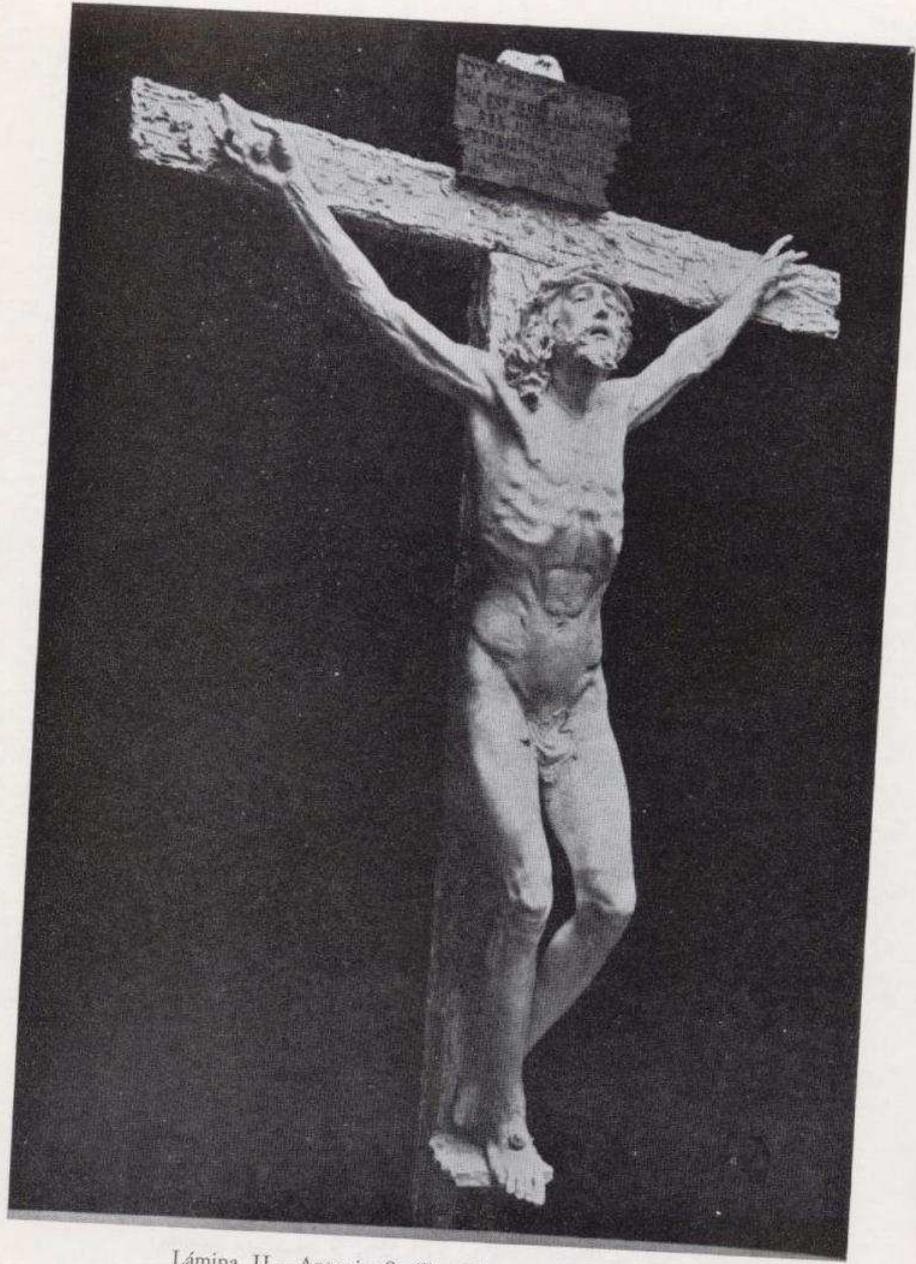


Lámina II.—Antonio Susillo: Cristo del cementerio.



Lámina III.—Antonio Susillo: Daoiz.

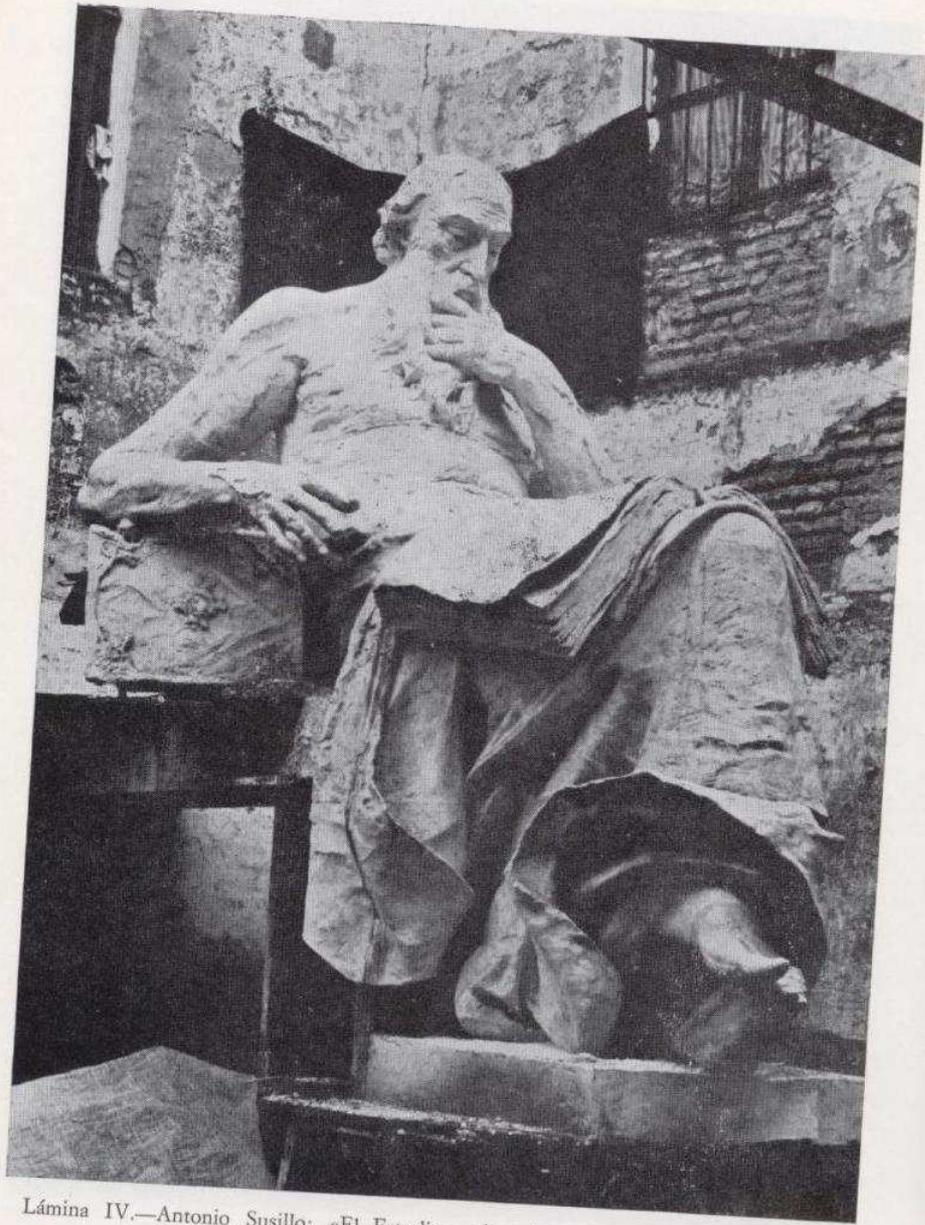


Lámina IV.—Antonio Susillo: «El Estudio», obra de grandiosidad miguelangelesca.



Lámina V.—Antonio Illanes Rodríguez: Torso. Obra donada por su autor a la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría.